

**«¿Por qué es natural
que los filósofos
se vayan al campo?
Porque este espacio es
más real que la ciudad.
El campo es santo,
la ciudad no tanto»**

ALBERTO BENAVIDES GANOZA (LIMA, 1949), FILÓSOFO, ESCRITOR, EDUCADOR, PROMOTOR CULTURAL Y AGRICULTOR. CREADOR Y GESTOR DEL FUNDO SAMACA, A 75 KILÓMETROS DE ICA, ATRAVESANDO EL DESIERTO DE OCUCAJE. FUNDADOR Y DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA ABRAHAM VALDELOMAR DE HUACACHINA, MUY CONOCIDA POR LAS ACTIVIDADES LITERARIAS Y CULTURALES QUE ORGANIZA PERIÓDICAMENTE. DIFUSOR DE LA CULTURA PERUANA, EN PARTICULAR DE LA LITERATURA DE LA REGIÓN ICA. ES AUTOR DE LOS POEMARIOS *CANTOS DE PUERTO HUAMANÍ* (1997), *ALTO ESPIONAJE* (2013) Y *AL PIE DEL DESIERTO* (2016) Y DE DIVERSOS TEXTOS ENSAYÍSTICOS Y PERIODÍSTICOS ENTRE ELLOS *EL AVE HUIDA. ENSAYOS DE FILOSOFÍA* (1979). EN LA SIGUIENTE ENTREVISTA CON *ESPINELA*, NOS CUENTA SOBRE LOS MOTIVOS QUE LO LLEVARON A ABANDONAR LA URBE LIMEÑA PARA ESTABLECERSE EN EL CAMPO, EN MEDIO DEL DESIERTO IQUEÑO; LOS RETOS DE SU LABOR AGRÍCOLA EN EL FUNDO QUE ÉL MISMO CREÓ; LA RELACIÓN ENTRE EDUCACIÓN, LITERATURA Y NATURALEZA; ALGUNOS ASPECTOS DE SU LABOR CREATIVA COMO ESCRITOR, Y LA MÍSTICA QUE NO DEBERÍA OLVIDAR EL SER HUMANO EN SU VÍNCULO CON EL MUNDO NATURAL.

ENTREVISTA DE

SHA SHA GUTIÉRREZ, DIANA HIDALGO Y ANDRÉS LÓPEZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

ssgutierrez@pucp.edu.pe, dianahidalgod@gmail.com, andres.lopez@pucp.edu.pe

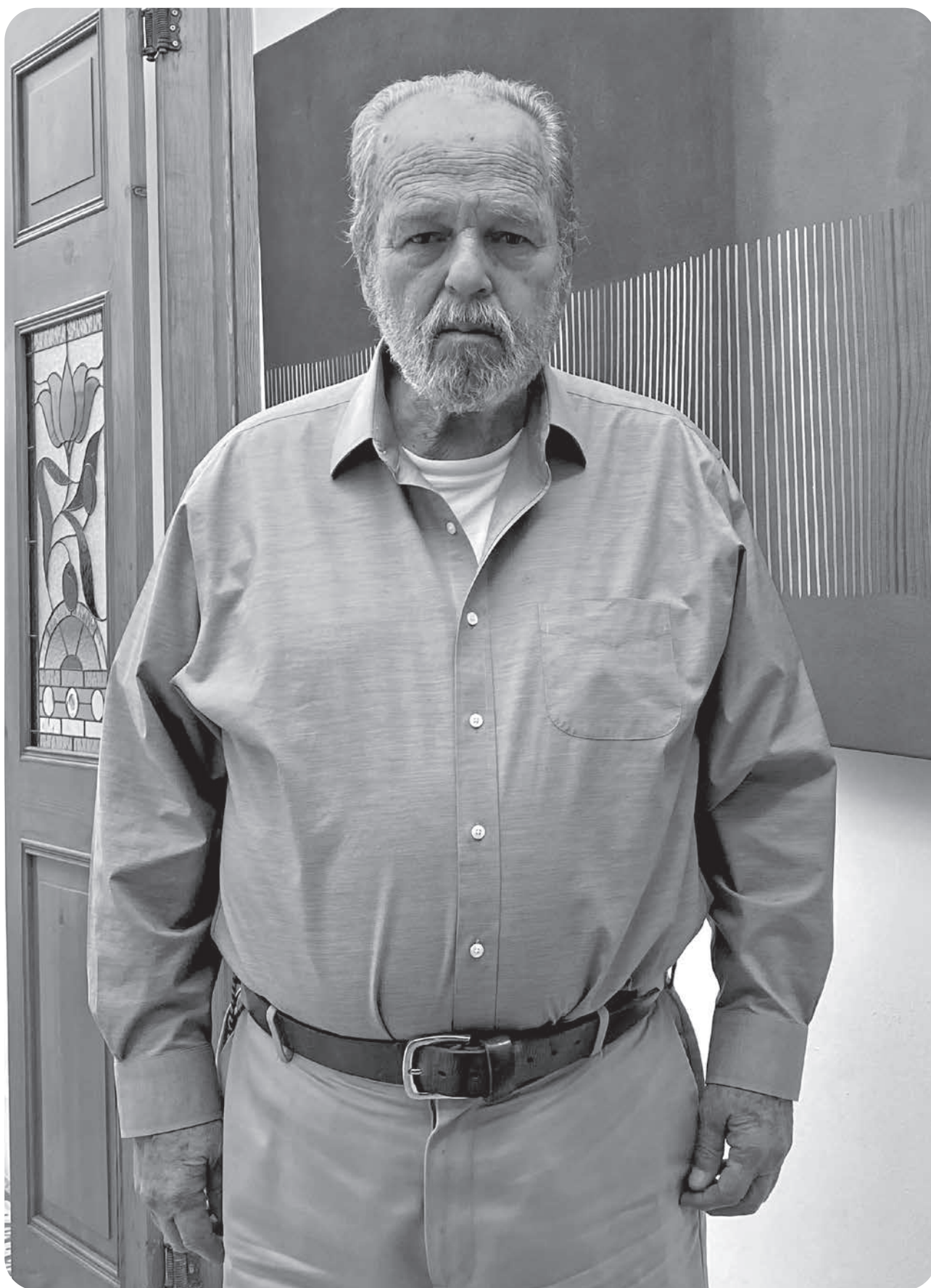


Foto: Sha Sha Gutiérrez.

Alberto Benavides Ganoza.

Sabemos que *Samaca* es una voz que significa “donde descansa la arena”. ¿Su retiro a Ica significa eso también? ¿Un lugar de descanso en contraste con Lima?

No es seguro que Samaca signifique eso, porque Rodolfo Cerrón Palomino dice otra cosa. Para él, esta palabra viene del aimara y, en esta lengua, significaría algo que tiene que ver con *aliento*. En quechua, el verbo *samay* significa salud, descanso. Yo pienso que es donde descansa la arena, porque es lo que allí ocurre. Y respondiendo a tu pregunta, sí. Yo trato de estar en Lima el menor tiempo posible. Ahora estoy por motivos médicos. En general, yo vivo en Samaca y me dedico a la agricultura. Aunque mi hijo dice que no soy agricultor, sino jardinero, cosa que en el fondo me parece correcta. No soy empresario agrícola ni me siento empresario.

Como agricultor y gestor de Samaca, ¿cuáles han sido los principales desafíos que ha enfrentado en la implementación de prácticas agrícolas sostenibles en Perú?

Comenzaré por lo negativo. Lo peor es la codicia, esa gente que siembra sin consideración por la tierra, simplemente queriendo ganar plata y más plata. La gente rica del Perú solo piensa en ganar dinero. Bueno, también los comprendo, están en una carrera, pero eso no es lo único. Los ricos construyen edificios y edificios en Lima, no se les ocurre otra cosa que construir edificios. No se les ocurre editar un libro. La misma Universidad Católica pasa por ahí, solo se piensa en la infraestructura. De acuerdo, es necesario, pero creo que necesitamos

algo más. Necesitamos un poco de generosidad con nuestro pueblo, con nuestra gente, con nuestros jóvenes. La tierra en el Perú está botada. Ochenta y cinco mil hectáreas de tierra en el valle del Rímac, el valle más rico del Perú, están cubiertas de cemento, o sea, esterilizadas. Es muy triste. Aquí, a una cuadra, se van a tumbar una casita para hacer un edificio. ¿Por qué? ¿Para qué? Es que todos los jóvenes quieren un departamento. Yo convoco a la gente joven para que se vaya de Lima. Ahora, con la computadora y el teléfono se puede trabajar desde cualquier lugar. En otra época tenían que estar aquí, ir a una oficina. Entonces, pienso en un Perú —como Manuel González Prada— lleno de agricultores libres, que tengan cinco hectáreas, diez hectáreas y que produzcan con absoluta calidad y con amor por su tierra, por sus árboles y por sus hijos.

¿Cuándo decidió establecerse en Ica? ¿Hubo alguna circunstancia que precipitó esta decisión?

Hubo un evento puntual: un tumor que le apareció a mi hija mayor. Yo pensé: “¿cómo es esto posible siendo ella una niña saludable?”. Gracias a mi padre la pudimos llevar a Estados Unidos, donde la trató un especialista. Afortunadamente no fue un tumor maligno. Mi hijita está bien y tiene ahora dos hijos. Luego, yo pensé: “es esta vida en la ciudad la que, al final, no es conveniente”. Yo siempre decía: “cuando cumpla sesenta años, me voy a ir a Samaca, me voy a quedar allí a sembrar árboles”. Pero a mis cuarenta y cinco años ese evento precipitó mi rabia contra Lima, la civilización y el progreso. Decidí irme con algo de plata que tenía ahorrada. Me

fui con la compañía de Rossana Garrues, quien me acompañó allí por treinta años. Otros amigos también me acompañaron. Empezamos a hacer una cosa medio hippie: comenzamos a construir en quincha (que es como seguimos construyendo) y nos asentamos. Al poco tiempo, un ahijado me trajo cuatro llamas, con lo cual comenzó mi crianza de llamas. Comenzamos a sembrar pallares y zapallo, porque ese año vino el río. Así comenzó esto de Samaca que, para mí, es una bendición.

Para hacer un guiño a un artículo suyo, “¿por qué es natural que los filósofos se vayan al campo?”

Para mí, es evidente. Yo abandoné la docencia en la Universidad Católica, tras más de veinte años. El primer semestre que estuve en Samaca todavía venía a Lima a dictar mis clases dos veces por semana, pero ya el segundo semestre tomé la decisión de retirarme. Un amigo, otro profesor de la Católica, me llamó por teléfono y me dijo: “oye, hay una reunión de profesores y sería importante que vengas”. “Mira”, le respondí, “no me interesa, no quiero saber nada con la Católica”. “Pero vas a perder tus beneficios”, me advirtió. Afortunadamente, en ese momento mi situación económica era otra. Me fui de la Católica. Miguel Giusti me invita a veces a dictar algunas conferencias. Una de ellas fue esa: “¿Por qué es natural que los filósofos se vayan al campo?”. Bueno, es un tema antiquísimo, ¿no? Está en Cicerón, en San Agustín, en un montón de filósofos o de gente filosofante, que se ha ido al campo porque este espacio es más real que la ciudad. El campo es santo, la ciudad no tanto. Fue mi opción personal.

**¿Dónde ha sido más productiva su labor como escritor?
¿En el campo o en la ciudad?
¿O cree que los espacios físicos no son determinantes para la labor creativa?**

Bueno, determinantes no sé, pero lo cierto es que depende del tipo de escritura. Yo siempre he escrito ensayos. Mi libro más antiguo es *El ave huida. Ensayos de filosofía* (1979). Fue mi primer libro, prologado por Honorio Ferrero, que fue mi maestro y es alguien a quien aprecio. Después he escrito, por lo general, ensayos, crítica social y diversas cosas. Por otro lado, en un viaje a la Amazonía, desde Pucallpa hasta Iquitos, salió algo que no era ensayo, sino canto. Se llamaba *El gordo río*. Le tengo aprecio hasta ahora, porque personalmente me impactó, me hizo gozar, aunque no lo he publicado. De algún modo, era poesía. No sé si sea de la buena o de la mala, porque no soy presuntuoso. Salió algo que tenía la naturaleza del canto y del entusiasmo por la naturaleza. Años después, en 1995, me fui a Samaca y allí salieron los tres libros de poesía que tengo publicados. La poesía es gozo, canto, entusiasmo. Yo escribo en mi cuaderno. Nunca aprendí a escribir en máquina. Error de mi madre. Nunca me enseñaron de chico. Escribo con dos dedos. En cambio, me encanta escribir con mi pluma, en mis cuadernos. Entonces, allí escribo. En general, donde escribo más es en Samaca. Yo creo que, como creían los griegos, la poesía sale de las musas. De pronto, me agarra algo y siento que tengo que escribirlo porque es importante para los demás. Yo no escribo para mí mismo. Pienso: “esto es interesante, esto es importante, dice algo”. Y eso es lo que escribo. Y lo escribo en momentos de inspiración, y eso viene de las musas. Las musas recordadoras, hijas de

la memoria, hija de Mnemósine, dicen los griegos. Las musas son hijas de la memoria. He tenido momentos muy importantes para mí, que me han llenado de gozo y yo espero que sirvan para los demás.

¿Cuáles han sido sus influencias en la escritura de su poesía?

La primera influencia es Platón, porque yo estudié a Platón con ahínco. Hice mi tesis sobre Platón. Me entusiasmó mucho la lectura de *Fedro* de Platón, cuando tenía 18 años. El entusiasmo, el delirio divino, la locura divina de la poesía y la filosofía, porque son cosas cercanas. Luego, entre los poetas, Martín Adán ha sido una influencia importantísima. Luego, está Arturo Corcuera, que fue un amigo muy querido, un maestro de la poesía. Por otro lado, entre las influencias más ensayísticas, está Fernando Pessoa. Me fascinó.

EDUCACIÓN Y NATURALEZA

En 1995, usted, junto con un grupo de personas, fundó la Escuela Libre Puerto Huamaní en el fundo Samaca. ¿Qué se enseña en esta escuela?

La Escuela Libre Puerto Huamaní no es un lugar de enseñanza, sino de aprendizaje. Lo principal para nosotros es cultivar ese arte sagrado que es la agricultura, de la cual salió la cultura. No es al revés. La agricultura es el arte esencial del hombre. La Escuela Libre Puerto Huamaní no es un colegio para niños. Es un lugar de ocio, donde se recupera —o creemos que se recupera— el vínculo con la naturaleza y esto suele ocurrir con los niños. Todos los niños que han ido a Samaca

La naturaleza en su totalidad es milagrosa. El hombre de la ciudad tiende a olvidarlo, creyendo que la leche sale de la lata y el agua del grifo. Pero la realidad es diferente. La naturaleza es nuestra maravillosa madre, que realiza cosas milagrosas todo el tiempo.



Samaca en 1995. Foto: samaca.pe

quieren volver. Todos consideran que han tenido un aprendizaje de la naturaleza. Por eso digo que es un lugar de aprendizaje y no de enseñanza. No hay profesor que te esté enseñando, que te esté fastidiando. Más bien, es el aprendizaje a partir del contacto con la naturaleza, que a mí me parece fundamental. Yo creo que la naturaleza es nuestra madre. La tierra es nuestra madre y es sagrada, y así lo siento. No es una pose. Es una experiencia, para mí, importantísima. En la Escuela tenemos un telar, y hacemos actividades relacionadas con la cerámica, la música y, lo más importante, con la agricultura. Con el telar estamos haciendo alfombras. Más allá del éxito, lo que más me gratifica es la calidad de lo que producimos. Trabajamos con algodón y lana de llama. Esquilamos la lana una vez al año y, mezclada con algodón,

mis muchachos crean productos increíbles. Las manos de los peruanos son muy importantes, especialmente de quienes vienen del campo; tienen una gran facilidad para aprender.

En el breve ensayo “Manifiesto de la naturaleza” (2005) que usted escribió, sostiene la idea de que los “colegios y universidades debieran estar en el campo”. ¿Qué relación guardan, entonces, la educación y la naturaleza?

Creo que tenemos mucho que aprender de nuestro pasado prehispánico y del actual mundo quechua y aimara. Lo principal que debemos aprender es la veneración por la tierra. La tierra es sagrada, al igual que el sol, la luz, los animales y los árboles. Recientemente di una conferencia sobre José María Arguedas, un autor al que admiro

profundamente. Para esta conferencia leí los últimos tomos de su obra ensayística y quedé fascinado una vez más. Arguedas es una voz maravillosa del Perú. Él también enfatiza la importancia de la naturaleza y el vínculo del ser humano con ella.

***La ruta natural* (2015), título de un volumen que recoge una serie de artículos y conferencias tuyas, representa un palíndromo, como usted mismo lo ha señalado. Se cree que los palíndromos cifran u ocultan algún tipo de mensaje o significado que solo un lector iniciado podría revelar. Si eso es cierto, ¿cuál creería que es el mensaje que encierra *La ruta natural*?**

Parece que hay un sentido esotérico que articula la conexión entre la naturaleza y el camino



Samaca en 2024. Foto: samaca.pe

para llegar a ella. La naturaleza es misteriosa, pero más que eso, es milagrosa. El nacimiento de una plantita es un milagro. A menudo no nos damos cuenta y lo consideramos como algo natural. Es natural, pero la naturaleza en su totalidad es milagrosa. El hombre de la ciudad tiende a olvidarlo, creyendo que la leche sale de la lata y el agua del grifo. Pero la realidad es diferente. La naturaleza es nuestra maravillosa madre, que realiza cosas milagrosas todo el tiempo. Esa es mi visión.

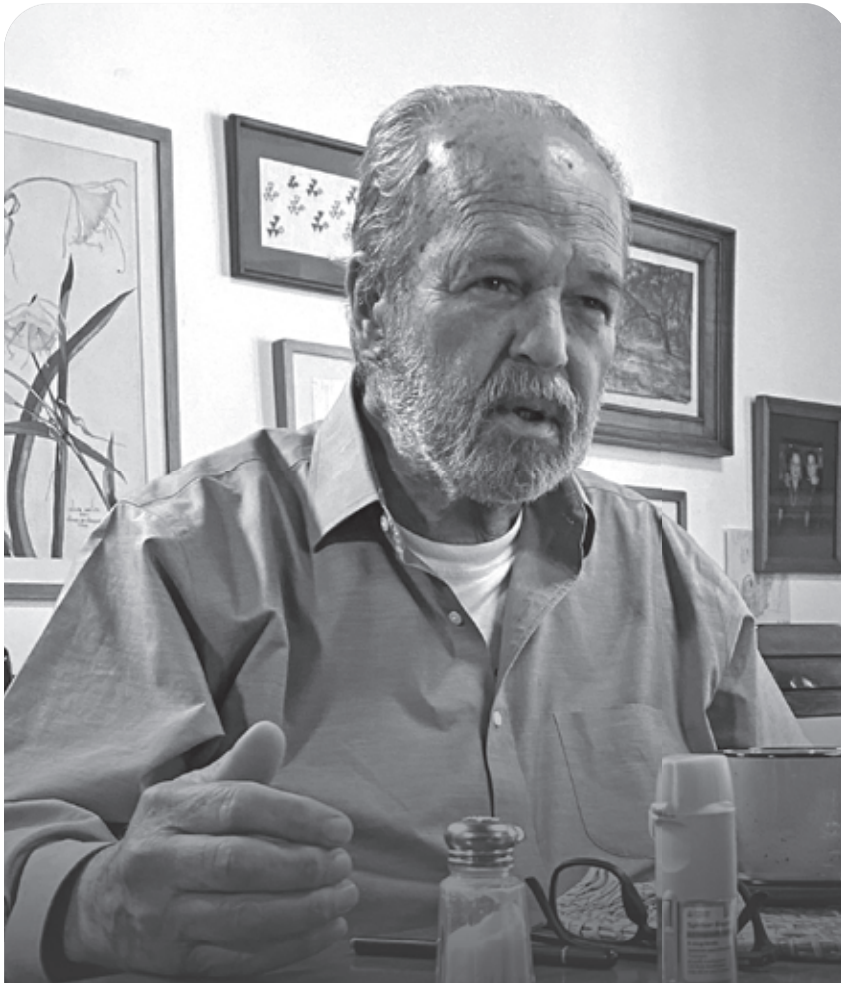
LITERATURA Y CONSERVACIÓN CULTURAL

¿Cómo fue la experiencia de la fundación de la Biblioteca Abraham Valdelomar en Huacachina? ¿Por qué escogió este lugar de ubicación?

Comencé a ir a Samaca y a construir mi primera cabaña. El camino era largo y, al principio, me alojaba en Huacachina con un primo mío. Huacachina fue un lugar de mi infancia. Estuve en la casa de este primo hasta que una vecina, que quería comprar un departamento en Hong Kong, me dijo que estaba vendiendo su casa. Conversamos y le expliqué que no tenía todo el dinero que pedía, pero sí una parte. Ella aceptó venderme la casa de todos modos. En realidad, fue una compra muy económica. La casa era grande y bonita, y es ahí donde se ubica la biblioteca. Tenía todos mis libros en cajas porque no sabía dónde colocarlos. Decidí que no quería tener mis libros guardados. Los libros son para quienes los leen. Así que comenzamos a organizar la biblioteca. En esa tarea, me encontré con un grupo de jóvenes liderado por César Panduro

Astorga, el actual bibliotecario de Huacachina. Empezamos a sacar mis libros y a colocarlos en estantes, y así se fundó la biblioteca. La dedicamos a Abraham Valdelomar Pinto, el más grande escritor que ha tenido Ica. Con el tiempo, hemos recibido colecciones y libros de diversos intelectuales locales. Compré también la colección de don Washington Delgado, que incluye todos los clásicos castellanos. Finalmente, incorporamos la colección de mi padre, que también es significativa, especialmente en geografía, geología y crónicas, que eran de su interés. Así, la biblioteca hoy cuenta con una colección importante y hemos mejorado la infraestructura.

¿Cómo ve la relación entre los jóvenes y la biblioteca Abraham Valdelomar? En todo caso, ¿cómo es la relación



¿El progreso? ¿El progreso de qué? Si no es un progreso para que seamos mejores seres humanos, más compasivos, más capaces de ver la miseria del prójimo; a mí no me parece que estemos en el camino hacia el bien, sino todo lo contrario.

entre la literatura y los esfuerzos de conservación de una cultura regional?

A la biblioteca acuden muchos jóvenes de Ica. Se han realizado varias tesis allí; es un lugar donde la gente va a investigar y a escribir. Hasta ahora, estoy a la espera de que alguien se interese en mis libros, como las ediciones de Platón y Aristóteles en griego de Oxford. Por otro lado, la biblioteca tiene una función importante que incluye un trabajo editorial. En los últimos años hemos publicado más de 150 títulos, lo que considero valioso tanto para Ica como para el Perú. Ica no es solo un oasis en medio del país; es un oasis transversal. Los arqueólogos y geógrafos lo llaman así, rodeado de dos desiertos: el gran tablazo de Ica y el río que ha creado este valle, uno de los más largos de la costa peruana. Yo estoy en la parte baja de ese oasis, donde el valle es más estrecho, mientras que en la parte central es mucho más amplio. Me gusta pensar en la biblioteca como un oasis. Después de todo, Huacachina es un oasis.

¿En qué medida cree que la literatura hoy puede influir en la preservación de tradiciones y en la promoción de prácticas sostenibles en la agricultura y el medio ambiente?

Cuando converso con agroexportadores, a menudo me miran como si fuera un romántico. No creo que sea así, ya que necesitamos alimentos correctos y sanos. Esto depende de promover una agricultura orgánica, libre de pesticidas y químicos. Considero que esto es una necesidad. Por supuesto, los agroexportadores se ríen de mí. Yo no busco el negocio, busco el ocio. Sembrar, regar y cuidar la tierra, como diría Marco Aurelio Denegri, son trabajos gratificantes. No son trabajos

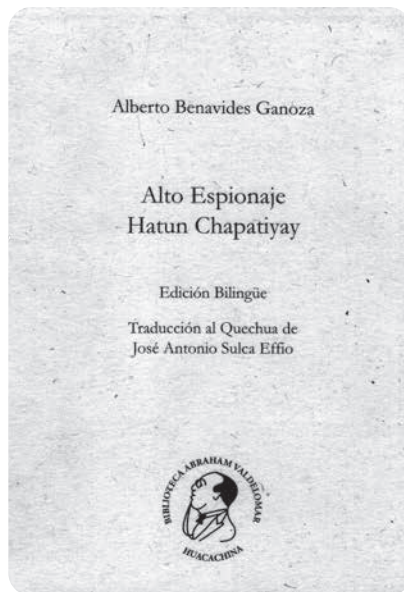
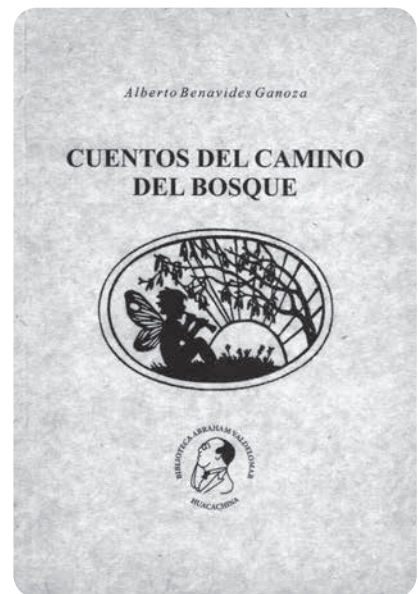
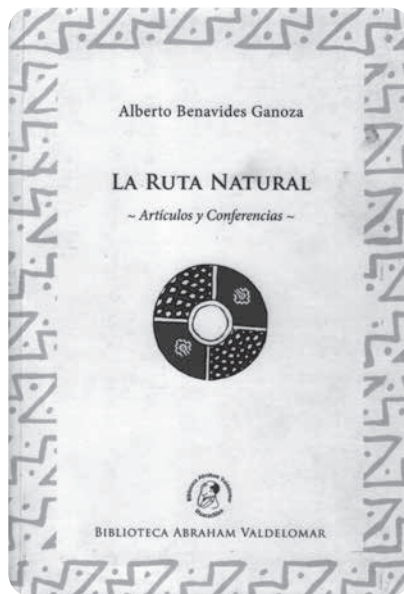
obligatorios ni desagradables. Son tareas hermosas, en las que uno siente que está contribuyendo al universo. Esto nos beneficia espiritualmente y psicológicamente.

POESÍA, NARRATIVA Y ACTIVISMO AMBIENTAL Y SOCIAL

A propósito de su libro *Alto espionaje* (2013), Claudia Lüthi lo ha catalogado de “todista”, porque en el conjunto de ese poemario “ninguna criatura, ninguna planta o avecilla es excluida de su consideración”. Quizás podría decirse también que usted es un “todista” porque ha incursionado, con gran versatilidad, en la poesía, la narrativa, el ensayo y el artículo periodístico. ¿Es usted consciente de esa pluralidad de registros?

No sé si soy todista o nadista, porque en realidad soy un diletante. No soy un escritor a tiempo completo. Claudia Lüthi decía que era todista. Me quería mucho. Falleció muy joven, a causa de un cáncer. La extrañamos mucho, ya que era una habitual en Samaca, donde pasaba casi todo el tiempo. No soy un solitario, tengo amigos entrañables, y Claudia era una de ellas. Ella me dio el título de mi libro. Inicialmente, pensé en llamarlo *Cronista de la Pachamama*, pero no me sonaba bien; me parecía pretencioso. ¿Con qué derecho podría ser yo cronista de la Pachamama? Conversando con Claudia, me sugirió que un poema mío podría titular el libro: “Alto espionaje”. En ese momento, todo cobró sentido. Decidí que ese sería el nombre del libro. Me encanta ese libro, que además fue diseñado por

Me gusta pensar en la Biblioteca Abraham Valdelomar como un oasis. Después de todo, Huacachina es un oasis.



Portadas de los libros *La ruta natural*, *Cuentos del camino del bosque*, *Alto espionaje*, *Al pie del desierto* de Alberto Benavides.

**Creo que
tenemos
que
promover
una
generación
de lectores.
Que
comiencen
a leer
desde
chicos y
que se
acerquen a
los grandes
autores de
la literatura
universal.
Lo que dice
Arguedas:
“Tener un
pueblo, ser
justiciero e
instruirse”.
Es su
receta y yo
la sigo.**



Foto: Andrés López.



Foto: Sha Sha Gutiérrez.

Dibujo “El Perú ha fracasado, hagamos otro”, en la casa de Alberto Benavides.



Foto: Andrés López.

Citas del *Fedro* de Platón, de Jiddu Krishnamurti y de Federico García Lorca acompañan a Benavides en su casa en Lima.

mi hija Catalina y traducido al quechua por mi maestro Antonio Sulca Effio, de Huamanga. Hizo la traducción porque mi conocimiento del quechua no es suficiente. Esto es relevante, ya que la edición bilingüe representa lo que es *Alto espionaje*.

¿Cómo surgió esa idea? ¿Le interesaba difundir su obra en el circuito de habla quechua? Usted mismo, incluso, estudió este idioma.

He estado estudiando quechua durante muchos años. Tuve una profesora maravillosa, doña Lourdes Gálvez Herrera, con quien estudié la gramática quechua durante tres años. Nunca llegué a hablar quechua fluidamente, pero es una lengua hermosísima y, además, representa al Perú. Es importante recordarlo. Me encantaría que los quechuahablantes pudieran leer, pero la mayoría no sabe leer en quechua. Saben hablar, pero prefieren leer el castellano.

INTERSECCIÓN ENTRE LA FILANTROPÍA Y LA EDUCACIÓN

Su labor como educador y filántropo ha estado orientada a la promoción de la cultura y la educación. ¿Cómo integra estos dos aspectos en su vida profesional y personal, y en su escritura?

Bueno, yo no sé si soy un filántropo. Sí, tengo un amor por el hombre. Intento contribuir a la educación de mi patria, obviamente. He podido hacer algunas cosas gracias a mi padre, porque él era minero y, en su vejez, descubrió la mina Yanacocha. Mi padre nos dejó fortuna y yo pude hacer lo que había querido hacer toda mi vida, que era la biblioteca, lo de Samaca, y la edición de libros.

¿Qué estrategias considera efectivas para fomentar el acceso a la educación y el

desarrollo cultural en nuestro país?

Creo que tenemos que promover una generación de lectores. Que comiencen a leer desde chicos y que se acerquen a los grandes autores de la literatura universal. Lo que dice Arguedas: “Tener un pueblo, ser justiciero e instruirse”. Es su receta y yo la sigo. Tengo un pueblo, es decir, soy radicalmente peruano, me siento como tal; quiero la justicia para este país, que está podrida por tanta gente miserable; y, por último, instruirnos, no quedarnos en el chisme, sino llegar a la verdad de las cosas. Eso pasa con la lectura, en este mundo que nos ha tocado ahora. En otros mundos, podemos ser iletrados, pero, en este, tenemos que buscar gente que lea, niños que lean.

En uno de sus ensayos señala que en nuestro país “la cultura no ha tenido poder y el poder no ha tenido cultura”.



Foto: Andrés López.

Benavides señala un caligrama rodeado de un poema de W. B. Yeats e imágenes de la naturaleza y dibujos infantiles en el comedor de su casa.

Entonces, ¿cómo ve el futuro de la cultura en el Perú?

Yo tengo un problema con la palabra “cultura”, porque si bien es una palabra antigua y noble; ya se ha usado demasiado en muchos sentidos. Por ejemplo, ¿qué hace con la cultura el ministerio de Cultura? Nada, más bien entorpece las labores. Tenemos desde el 2006, en Samaca, un museo de sitio que hasta ahora es un museo clandestino, a pesar de haber hecho todos los trámites para ser reconocido por el ministerio de Cultura. Es un museo que tiene restos de piezas arqueológicas que se han hallado en las tierras de cultivo de Samaca. Nunca hemos huaqueado. Soy muy respetuoso de eso. Entonces nos juntamos para crear un museo y ahí se pueden ver piezas Nazca, de Ica-Chincha, Paracas, pero el museo sigue siendo clandestino. Ahora hemos fundado una tienda “Samaca. Artes y Letras”, pero nos decían “Samaca. Centro Cultural”. Yo no quiero ser “Centro Cultural”, sino “Artes y Letras”. Significa lo mismo. Pero no quiero usar la palabra “cultura” porque en nuestro país se ha convertido

en burocracia. Se puede usar, a veces, la palabra “cultura” en un sentido correcto, pero yo prefiero no usarla. Yo creo haber trabajado por la lectura, por el amor al Perú, por la agricultura, por las artesanías, que es algo bien importante, y por la infancia. La mayor parte de los profesores son burócratas que solo piensan en castigar y premiar. De eso no se trata. De lo que se trata es de incentivar el amor por la vida y por la naturaleza.

En el conjunto de su obra literaria, ha sido crítico con respecto de la idea de una modernidad que se sostiene en el desarrollo industrial y tecnológico. Quizás ello se pueda observar no tanto en su poesía, pero sí en su narrativa infantil, como en *Cuentos del camino del bosque* (1983), donde se observa un contraste muy fuerte entre el campo y la ciudad. El campo representado por el bosque, con sus enanitos; y la ciudad, que la representa con edificios, con contaminación a consecuencia de las fábricas,

los carros, los ruidos. Además, la gente que la habita es caracterizada como mentirosa y que se pelea entre sí. Entonces, ¿cómo escapar de este conflicto permanente, de esta idea de progreso a toda costa que, además, tiene un alto precio?

Un autor americano, cuyo nombre no recuerdo, decía: “Estamos en un tren al abismo”. Yo creo eso, que el progreso cree que “los chinos están haciendo un puerto en Chancay”, pero eso a mí me parece una desgracia. Estamos caminando hacia el empobrecimiento de la humanidad, a la stupidización, a lo que decía mi tío Pedro, que era genial, “al huevonaje colectivo”. Yo creo haber sido, en toda mi vida, un profesor que buscaba generar entusiasmo por cosas importantes. Yo tengo mis dudas frente a aquello que parece que es bueno. ¿El progreso? ¿El progreso de qué? Si no es un progreso para que seamos mejores seres humanos, más compasivos, más capaces de ver la miseria del prójimo; a mí no me parece que estemos en el camino hacia el bien, sino todo lo contrario. Es mi posición.

